

## PANÓPTICO

Todo hombre de bien que se precie de tal debería odiar a su madre. En mi caso tengo que convivir con una mujer perversa que nos mantiene a todos vigilados. Y lo hace cómodamente desde su cama, como no podía ser de otra manera. Siempre echada, esta alimaña se entera de todos nuestros movimientos sin necesidad de moverse de su trono de colchas y sábanas.

Cómo lo hace. Se trata de esas casas antiguas con varias habitaciones que dan a un mismo patio. Desde la suya que da al medio nos observa a los demás, todos obligados por supuesto, a permanecer con las puertas abiertas. Y como si esto fuera poco para nuestra maltrecha intimidad, para aquellos ángulos inaccesibles ha dispuesto convenientemente algunos espejos que le otorgan la visión faltante. Por último, hacia los laterales nos espía con agujeritos en las paredes que sólo ella conoce.

Se preguntarán ustedes qué más podríamos querer que se interesen por nosotros. Y es precisamente allí donde se complica nuestro problema, porque nos da remordimiento que en su omnipresencia nos ame tanto y nosotros por ahí quejándonos de sus atenciones. Después de todo es ella la que más se preocupa y muchas veces nos preguntamos qué sería de nosotros sin ella.

Sin embargo, cuando momentáneamente olvidamos toda esta mezcla de gratitud y angustia no hacemos más que maltratarla porque después de todo no soportamos que nos esté tan encima. Es allí cuando ella opta por ignorarnos siempre y cuando no intentemos abandonar la casa o impedir sus controles. Porque en estos casos se pone verdaderamente furiosa. Y entonces nos da mucho miedo.

Nuestro único respiro con mi hermana es cuando nos manda al cuarto del fondo para trasegar la sidra casera, extremo adonde ya no llega. Y entonces aprovechamos y nos desahogamos bebiendo como unos descocidos. Sólo así logramos relajarnos y disfrutar un poco si es que se puede disfrutar estando en una prisión. Porque hecha la ley hecha la trampa. O al menos, eso creemos.

Ningún sistema es perfecto, siempre hay cabos sueltos, defectos imprevistos. Y mientras más tarda mi hermana en acabar con las manzanas mejor nos resulta. Nos reímos, nos damos la mano y saltamos de alegría aprovechando nuestro pequeño momento de libertad. Salvo aquella tarde que nos sorprendió y nos horrorizamos creyendo que nos cocería vivos, y sin embargo no le importó y simuló no haber visto nada. Como si le bastara con nuestro miedo.